



Hablamos un poco de todo: sobre el discurso del presidente, la subida de los alquileres, el viento del norte, la última tragedia en la montaña.

**Un tema sencillo puede convertirse en una conversación provechosa** si nos presenta horizontes de bien, si nos inspira el deseo de amar, si abre nuestros ojos a una mejor comprensión del mundo y de la vida.

Es cierto que muchas conversaciones quedan encerradas en sentimientos o valoraciones superficiales: estamos descontentos con el árbitro o no nos gusta lo que propone aquel político.

Pero otras conversaciones van más a fondo, desentrañan aspectos relevantes de la vida, indagan sobre causas y efectos, invitan a emprender nuevas lecturas e investigaciones sobre temas importantes.

Basta con tomar conciencia del mucho tiempo que dedicamos a conversaciones para reconocer que, bien aprovechado, ese tiempo puede enriquecernos mutuamente.

A veces me tocará aprender del otro, porque me abre un horizonte hasta ahora desconocido. Otras veces seré yo quien revele a quien me escucha la existencia de un buen libro sobre el tema que hemos afrontado.

Luego, cada uno seguirá con sus pensamientos y emociones (no somos mentes puras). Daremos vueltas a lo que hemos compartido, reconoceremos que hablamos de más y nos equivocamos, o agradeceremos haber descubierto algo nuevo e importante sobre el mundo en el que vivimos.

Ahora tengo un rato —en el coche, o en la mesa, o simplemente mientras caminamos por una colina— para hablar con quien está a mi lado y lograr una buena conversación.

**Pido a Dios que abra mi corazón para aprender lo bueno que me diga mi compañero, y para compartir las riquezas que han ido madurando en mi**

**alma, de modo que logremos un mutuo enriquecimiento y, en definitiva, un mejor conocimiento de lo que realmente importa.**